

Paradores de España, por lo saludable de sus aires.

Pero es necesario detenerse un poco en contar como es. En la explanada, rodeado de murallas, se abrió un impresionante aparcamiento cubierto, que de no decirlo, nadie sabría que se encuentra allí. Desde el aparcamiento y a través de un ascensor interior se accede al patio de armas, al que se asoman la mayor parte de las habitaciones, que cuentan con amplios miradores y corredores desde donde se puede observar ese paisaje excepcional que antes os contaba.

Es muy similar en su estructura al de Sigüenza, que ya conocíamos y que parece ser ha servido de referencia para su reestructuración.

Indagando supimos que cuenta con cerca de cien habitaciones, o apartamentos, todos comodísimos. Un amplio servicio de comedor, en el que pueden degustarse los platos de la tierra, con la curiosidad de que no se emplea en él la cocina moderna, sino que han sido rescatados los platos de la cocina medieval. No tan exuberantes, pero si al menos, por lo curioso de sus ingredientes, dignos de cualquier estómago agradecido. Y lo mejor, que en él trabajan más de sesenta personas.

La villa, cuando nos paseamos por ella a la luz de la luna, magnífica, calles cuidadas, con ese ambiente entre medieval y renacentista, con una limpieza y cuidado exquisito y una amabilidad de sus gentes que desde luego nos dejó impresionados. Se nota de lejos que se sabe cuidar al visitante.

Sus museos son otro aliciente para venir a visitarla; los hay para todos los gustos, museos de arte religioso, de etnografía, de folclore, de historia... siempre es un placer descubrir cosas nuevas, y descubrir el pasado, no solo de Castilla, sino que también de una parte de España, siempre es agradable; conmovedor el recuerdo que se tiene a sus gentes, calles con nombres de periodistas, de literatos, de gentes que han hecho grande el nombre del pueblo, nos hacen sentir que nos encontramos ante un pueblo unido que reconoce o ha reconocido la labor de sus gentes. Por otro lado, un pueblo unido.

Nos ha llamado poderosamente la atención las jornadas culturales que son también páginas abiertas a la historia. Los conciertos de música medieval en cualquiera de sus iglesias y, ante todo, esa épica jornada medieval en la que se recuerda que un día, hace cerca de dos mil años, aquí comenzó a ensancharse el nombre de Castilla. Entre el gentío nosotros éramos dos más observando cómo unos caballeros vestidos de negro y traje de colorines repetían el modo en el que sacaron del pueblo a un reyecito que apenas era un chiquillo. Conmovedor.

Nos hablaron de tiempos difíciles, en los que el pueblo se vio prácticamente olvidado, cuando la gente comenzó a emigrar, pero es reconfortante descubrir que pasado el tiempo, y pasado el bache, la gente, al reclamo del turismo, comenzó a regresar porque debió de entender que su vida estaba unida a la historia del pueblo y al recuerdo de las gentes que lo hicieron.

Lo recomendamos. Por eso te lo cuento, porque siempre es un placer reverdecer la memoria rescatando la historia. Ya os pondré las imágenes, cuando las logre ordenar a través de estos artilugios que nunca lograré comprender del todo. Merecen la pena.

Por cierto, el tren nunca llegó, pero tampoco es necesario, como bien decían los refranes, todos los caminos conducen a Roma, y hasta Atienza, por buenas carreteras, se llega desde cualquier parte.

La labor del alcalde que dio origen a todo esto, genial.

En Atienza, 17 de julio de 2022.

Foto: T. Gismera.